

ISSN: 0213-2060

DOI: <https://doi.org/10.14201/shhme202240135623562>

## EL LLIBRE DEL FETS DE JAIME I DE ARAGÓN COMO MANUAL MILITAR

### *The Llibre del Fets of James I of Aragon as a military manual*

Martín ALVIRA CABRER

*Departamento de Historia de América, Historia Medieval y Ciencias Historiográficas. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. C/ Profesor Aranguren s/n, 28040, Madrid. C. e.: malvira@ghis.ucm.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7706-1907>*

Recibido: 2022-01-02

Revisado: 2022-01-21

Aceptado: 2022-02-10

**RESUMEN:** El *Llibre del Fets* del rey Jaime I de Aragón (1213-1276) contiene tantas informaciones y tan variadas sobre el arte de la guerra en el siglo XIII que algunos especialistas creen que puede ser considerado como un buen manual militar. En este estudio se sistematizan las enseñanzas bélicas del Conquistador y se comparan con las pautas prescritas en otros textos de didáctica militar de la época para comprobar hasta qué punto esta idea se ajusta a la realidad.

*Palabras clave:* Jaime I de Aragón; *Llibre dels Fets*; manuales militares; arte de la guerra.

**ABSTRACT:** The *Llibre del Fets* of King James I of Aragon (1213-1276) contains so much and varied information about warfare in the 13<sup>th</sup> century that some specialists believe that it can be considered a useful military manual. In this study, the Conqueror's military teachings are systematized and compared with the recommendations prescribed in other military didactic texts of the time to check to what extent this idea is in line with reality.

*Keywords:* Jaime I of Aragón; *Llibre dels Fets*; military manuals; warfare.

**SUMARIO:** 0 Introducción. 1 La veteranía es un grado. 2 Máximas militares de un rey del siglo XIII. 3 «Vencer o morir»: las virtudes guerreras. 4 Cuidarse de los malos vasallos. 5 Pensamiento estratégico. 6 Preocupación por la logística. 7 Importancia de la información, la vigilancia y la comunicación. 8 El valor de la disciplina. 9 Dónde y cómo acampar. 10 Desgastar al enemigo. 11 «Separar la paja del trigo»: la batalla campal. 12 Tomar castillos y ciudades. 13 Conclusiones. 14 Referencias bibliográficas.

## 0 INTRODUCCIÓN

No es fácil conocer la formación militar teórica que podía recibir un rey, un noble o un caballero occidental de los siglos centrales de la Edad Media. Mientras que en el Imperio Bizantino, por tradición clásica, se elaboraron tempranamente verdaderos manuales militares, la tratadística bélica en el Occidente medieval tardaría en desarrollarse, una evolución que se observa también en la Península Ibérica<sup>1</sup>. A la falta de obras específicas se suma el debate sobre la influencia efectiva de la tratadística romana, centrado en el célebre *De re militari* de Vegetio por su importante difusión manuscrita y su condición de «*auctoritas maxima* de lo militar para el hombre medieval»<sup>2</sup>.

Sabemos que la didáctica militar existía, pero subsumida en otro tipo de textos. Es bien conocido que la literatura épica y caballeresca dramatizaba la experiencia guerrera real con intención ideológica o política y para su disfrute cortesano, lo cual no es óbice para que tuviera también una finalidad instructiva, tal como reconocen las *Partidas* de Alfonso X el Sabio<sup>3</sup>. En esta misma obra jurídico-legislativa se asegura que las reglas de la guerra se recogían desde antiguo en las leyes y los fueros, *e fazienlas leer los cavalleros e a los omnes ante que entrasen en las guerras porque sopiesen commo avien a obrar quando en ellas fuesen*<sup>4</sup>. La doctrina militar teórico-práctica se aprecia igualmente en espejos de príncipes, planes de campaña y escritos político-sociales<sup>5</sup>.

La narrativa histórica, en cambio, suele ser parca a la hora de proporcionar enseñanzas militares aplicables en el campo de batalla. Las características del género, la intención providencialista, moralizadora o ejemplarizante de las crónicas y el origen eclesiástico de la mayoría de los autores hasta bien entrado el siglo XIII (no necesariamente incompatible con la pericia guerrera) tienden a limitar los pasajes con informaciones bélicas de carácter didáctico. Tales condicionantes lo son menos en el caso de relatos escritos por autores laicos de origen nobiliario o caballeresco, muy especialmente cuando describen sus propias experiencias y en primera persona. Un buen ejemplo lo encontramos en el *Llibre dels Fets* del rey de Aragón Jaime I el Conquistador. La voluntad de aleccionar sobre lo que debe y no debe hacerse en la guerra resulta en este relato nítida, amplia y detallada, hasta el punto de que su autobiografía tiene mucho de auténtico manual militar. La idea fue señalada hace unos años por el medievalista alemán Nikolas Jaspert:

this text can be read as an excellent military manual on warfare in the thirteenth century: it describes an enormously wide range of violent and peaceful ways of vanquishing one's foes – from open battles to raids, from tactics of devastation to siege warfare, from bribery to diplomacy. The author proudly unfolds how he gradually became an expert in all these fields, thereby presenting first-hand information on the procedures of medieval warfare<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Rance, «Late Byzantine», 255-86. Para la Península, Villa, «La tratadística», 95-106.

<sup>2</sup> Monteiro, «Vegecio», 71-119; Frontino, pp. 78-85, esp. 79 (cita). Una influencia «testimonial» de Vegetio en la experiencia bélica castellana se afirma en García Fitz, «La didáctica», 272-4.

<sup>3</sup> *P2ª*, (tít.)XXI.(ley)20.

<sup>4</sup> *P2ª*, XXIII.24; fuera de la Península, véase Bennett, «La Règle», 225-38.

<sup>5</sup> García Fitz, «La didáctica», 271-84.

<sup>6</sup> Jaspert, «Review», 206.

Se trata, en realidad, de una impresión percibida mucho antes. En 1976, Robert I. Burns reconocía en el *Llibre dels Fets* «a small compendium of thirteenth-century laws of war»<sup>7</sup>. Y en 1941, con retórica de otros tiempos, el militar y erudito catalán Lluís Faraudo i de Saint-Germain definía así las memorias del Conquistador: «evangelio de doctrina militar de provechosa enseñanza para los capitanes sus contemporáneos y rico manual arqueológico de armería y de milicia medieval a gran utilidad de los estudiosos de hoy»<sup>8</sup>.

Hay que tener presente, y esto es esencial, que Jaime I compuso su autobiografía *per dar exempli a tots los altres hòmens*, en especial a sus descendientes y a sus colaboradores en el gobierno de la Corona de Aragón, y a partir de «la convicción de que la experiencia política podía y debía ser transmitida»<sup>9</sup>. La experiencia política, ciertamente, pero también la experiencia militar<sup>10</sup>. Como en la *Vida de San Luis* de Jean de Joinville, mucho de lo que se cuenta sobre la guerra en el *Llibre dels Fets* fue inicialmente un relato para ser escuchado más que leído. Y, como al senescal de Champaña, podemos imaginar a Jaime I narrando sus vivencias bélicas ante un auditorio vivo de barones, caballeros, clérigos, notarios y escribanos que escuchaba con atención<sup>11</sup>.

A partir de estas premisas, nuestro objetivo en estas páginas no será descubrir algo nuevo en una fuente tan bien conocida y tantas veces estudiada, sino releerla desde otra perspectiva a fin de sistematizar las enseñanzas militares que el viejo rey de Aragón quiso dejar como recuerdo y ejemplo cuando se propuso poner por escrito sus memorias<sup>12</sup>.

## 1 LA VETERANÍA ES UN GRADO

«Canas y armas vencen batallas», dice un antiguo refrán militar<sup>13</sup>. En el siglo XIII se tenía plena conciencia de ello, pues las *Partidas* alfonsíes remarcan el valor incalculable para una hueste de la experiencia de los viejos, instando a escuchar sus historias e incluso a llevarlos en campaña para *poderse ayudar de su seso e de su conseio*<sup>14</sup>. Por esos mismos años, el rey Jaime I se preocupaba de subrayar la misma idea con otras palabras, al ponderar con conocimiento de causa las buenas condiciones que reunía el campamento que sitiaba la ciudad de Valencia en el verano de 1238, puesto que él ya había estado en otros treinta<sup>15</sup>. El recordatorio se volvió más necesario durante la campaña de Murcia (1266),

<sup>7</sup> Burns, «The Spiritual», 21; Bruguera, «Les batalles», 13-4.

<sup>8</sup> Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 48, también 10, 11, 31, 35-6 y 48.

<sup>9</sup> *LF*, cap. 1; Homet, «Caracteres», 173. Véase Pujol, «The *Llibre*», 59-61; *LF-i*, 7 y 9; *LF-e*, 10-1, 14, 15-7, 18 y 19; Cingolani, *Jaume I*, 47; Renedo, «Josep», 23. Si no se indica lo contrario, citamos original y traducción de la edición de Bruguera (*LF*).

<sup>10</sup> Estudiada con gran detalle por Kagay, «Jaime I», 69-108; también Lafuente, «Crown», 124-48; desde una perspectiva divulgativa, Hernández, *Història*, 87-107; Hernández, Riart y Rubio, *Els exèrcits*.

<sup>11</sup> Joinville, XLV y LXVIII-IX; *LF-i*, 7; Pujol, «El rei», 11-31; Renedo, «Josep», 26-7.

<sup>12</sup> Mi agradecimiento a mi amigo y colega Damian J. Smith, que está preparando una biografía sobre Jaime I, por animarme a hacer este estudio, leer un primer borrador y ayudarme a mejorarlo con sus observaciones y comentarios.

<sup>13</sup> Álvarez Díaz, «Los refranes», 37.

<sup>14</sup> *P2ª*, XIX.3 y XXI.20.

<sup>15</sup> *LF*, cap. 270.

cuando el rey tenía ya 58 años y sus hijos comenzaban a considerarlo un estorbo para el éxito de la expedición, a lo que Jaime replicó que solo si se seguían sus instrucciones podría ganarse el reino<sup>16</sup>.

Esta experiencia es la que le permitió tranquilizar a sus hombres cuando los musulmanes quisieron impedir la acampada de la hueste cristiana frente a la capital murciana, pues *Nos conoscemos bien la costumbre de los sarracenos, que si se les resiste un día, después ya no volverán*, tal como ocurrió a continuación<sup>17</sup>. El conocimiento fruto de los años tuvo que ser de nuevo esgrimido por el rey ante los infantes, los maestros de las órdenes militares y los barones cuando se quejaron del pacto demasiado favorable, según ellos, que había negociado con los murcianos: *Nos les dijimos que erraban en su juicio, pues Nos habíamos estado en más lugares que ellos y conocíamos mejor que ellos las costumbres de los sarracenos*<sup>18</sup>. El monarca, además, como luego haría don Juan Manuel, no tiene inconveniente en reconocer la gran capacidad bélica de los musulmanes<sup>19</sup>.

Como enseñanza nacida de la experiencia cabría considerar la técnica curativa practicada por el rey en persona a la herida de flecha que sufrió en la pierna su pariente Bernart Guilhem de Entenza durante el asedio de Burriana: extracción de la flecha, aplicación de estopa con agua a modo de gasa o algodón con desinfectante natural y vendaje de la herida con una tela obtenida de la camisa de un escudero<sup>20</sup>.

## 2 MÁXIMAS MILITARES DE UN REY DEL SIGLO XIII

El *Llibre dels Fets* contiene un pequeño compendio de citas, proverbios, dichos y sentencias que permite trazar un «retrato cultural» de Jaime I<sup>21</sup>. Aquí nos interesan las sentencias que Ferran Soldevila denominó «máximas guerreras»<sup>22</sup>. La primera es un conocido refrán que recordó al barón catalán Guillem de Montcada durante el asedio de Balaguer (1228): *más vale maña que fuerza*<sup>23</sup>. Su sencillez no debería engañarnos, porque en buena medida resume la práctica conquistadora de Jaime I, más basada en la rendición negociada —muy bien estudiada por los especialistas— que en la aplicación a viva fuerza de un potencial bélico del que no siempre dispuso<sup>24</sup>.

Dos reflexiones importantes aparecen cuando el rey tuvo que decidir, en 1236, a quién daría el mando del Puig de Santa María, una posición vital para la futura conquista

<sup>16</sup> *LF*, cap. 431 y 455.

<sup>17</sup> *LF*, cap. 435.

<sup>18</sup> *LF-e*, cap. 446.

<sup>19</sup> *LF*, cap. 60, 155, 174, 268; Burns, «The Spiritual», 18; Bruguera, «Les batalles», 15-16; *LE*, cap. lxxv-j; García Fitz, «La didáctica», 280-1.

<sup>20</sup> *LF*, cap. 173; *LF-S*, n. 1135.

<sup>21</sup> Pujol, «¿Cultura?», 166; referencias en *LF-S*, n. 416, 1243 y 1484.

<sup>22</sup> *LF-S*, n. 2124; Kagay, «Jaime I», 96-7.

<sup>23</sup> *LF*, cap. 43.

<sup>24</sup> Burns, «How to end», 142-8; Burns, «The Spiritual», 24; Kagay, «Army», 96; Burns y Chevedden, *Negotiating*; Kagay, «Jaime I», 91-2 y 97. La negociación se prescribe en el *Libro de las estratagemas* (c. 1190-1210) de al-Harawi, erudito oriental al servicio de Saladino; también el empleo de la cortesía y la magnanimidad (cap. XXI-XXII), Smith, «Dinner, 86-92.

de Valencia. Se trata de un dilema crítico vivido por todo comandante militar al margen de la época. El rey presenta primero su pensamiento: *creemos que los hombres no aumentan en honor ni en valor sino en buenas obras*; por esta razón solo podía encargar una misión de tal importancia *al que más amásemos y en quien Nos confiásemos*<sup>25</sup>.

Otras máximas de utilidad militar tienen que ver con el establecimiento de prioridades, el manejo de los tiempos y la previsión de amenazas, tres aspectos esenciales en el ejercicio del mando<sup>26</sup>. En 1232, cuando supo que la estratégica fortaleza de Morella había sido ocupada contra sus intereses por el barón Blasco de Alagón, acudió allí rápidamente, *pues hay que atender antes a las grandes tareas que a las menores*<sup>27</sup>. Ya en 1228 le había hecho ver al barón Pedro Cornel la importancia de aprovechar el momento. Cuando el aragonés le propuso detenerse a comer y descansar, respondió: *no es lo que exigen las armas, porque por reposar se pierde mucho a veces*<sup>28</sup>. Durante la negociación de la capitulación de Valencia, se mostró dispuesto a llegar a un acuerdo con los musulmanes, porque *hay que dar solución a las cosas actuales y no a las pasadas*<sup>29</sup>. Y más tarde proclamó en un consejo de barones y prelados reunido en Valencia que ayudar al rey de Castilla era necesario porque *vale más que el daño caiga sobre otro que sobre nosotros*, añadiendo: *Y ya que los tiempos cambian, hay que saber prevenir a tiempo lo que puede acarrearle a uno daño*<sup>30</sup>.

Algunas de las sentencias del Conquistador tienen un carácter más técnico. Durante la campaña de Burriana explicó a sus hombres este principio general: *en el ejercicio de las armas suele ocurrir que cada luchador se apaña a su modo; pues si el atacado sabe contrarrestar al que lo ataca con la misma táctica, lo abatirá*<sup>31</sup>. Y en pleno asedio de Valencia, cuando se le propuso capturar a unos musulmanes que estaban cerca de las tropas del emir, su respuesta fue otra sentenciosa disquisición de carácter guerrero, en palabras de Soldevila: *Nos dijimos que estaba mal pensado, pues en la acometida suele ocurrir que, si no se toma el puesto, los que acometen tienen que emprender la fuga*<sup>32</sup>.

### 3 «VENCER O MORIR»: LAS VIRTUDES GUERRERAS

De las palabras del Conquistador se deduce que la guerra es una actividad justificada como venganza del agravio sufrido y defensa del patrimonio<sup>33</sup>. La guerra, además, tiene la virtud de proporcionar prestigio y buena fama. Al logro de ambas están especialmente obligados los reyes, por disponer de un gran poder que pueden emplear sirviendo a

<sup>25</sup> LF, cap. 206; también en al-Harawi, cap. XVI.

<sup>26</sup> También en P2<sup>a</sup>, XXIII.6 y 24.

<sup>27</sup> LF-e, cap. 133.

<sup>28</sup> LF, cap. 228.

<sup>29</sup> LF-e, cap. 276.

<sup>30</sup> LF-e, cap. 366.

<sup>31</sup> LF-e, cap. 155.

<sup>32</sup> LF-e, cap. 258; LF-S, n. 1539.

<sup>33</sup> LF, cap. 275, 333, 363, 379 y 382.

Dios<sup>34</sup>. El *Llibre* da a entender que los barones compartían estas ideas. En 1228, el conde de Ampurias Hug IV alzó la voz el primero para sostener el proyecto regio de conquistar Mallorca, evocando (sin decirlo y según lo que recordaba Jaime) todo lo que había ocurrido en la Corona de Aragón desde su acceso al trono (el desastre de Muret y la muerte del rey Pedro, la acusación de complicidad con los herejes occitanos que pesaba sobre la monarquía y la nobleza, las luchas de bandos...): *Y vale más que muramos y [re]cobremos el buen prez que solíamos tener y la bondad que solía tener nuestro linaje y nosotros mismos, que vivir con esta mala fama en la que estamos*<sup>35</sup>.

Una vez iniciado el combate, la lección a recordar debe inspirarse en el ejemplo honorable de los antepasados: *porque así lo ha hecho nuestro linaje desde siempre, en las batallas que hicieron y Nos haremos: vencer o morir*<sup>36</sup>. La divisa de la dinastía se formula de otra manera durante el relato de la conquista de Valencia, cuando uno de sus mesnaderos le propuso refugiarse en el Puig de Santa María para no luchar en inferioridad de condiciones: *no lo haré, pues nunca hui ni sé huir, antes os digo que lo que Dios me quiera dar, aquí lo tendré con ellos*<sup>37</sup>.

El Conquistador da fe del prestigio que merecen los guerreros más valerosos. Por dos veces recuerda a quienes atravesaron los primeros las defensas del enemigo: en Mallorca fue su mesnadero Juan Martínez de Eslava, el barón catalán Bernat de Gurb, un caballero llamado Soyrot y el aragonés Ferrando Pérez de Pina; en Ibiza lo hizo un hombre de Lérida llamado Joan Xicó<sup>38</sup>. En este punto, el rey de Aragón no hacía sino poner nombres y apellidos a un reconocimiento al esfuerzo y a la lealtad que en las *Partidas* castellanas adquiere fuerza de ley<sup>39</sup>. La buena fama no va desligada de la recompensa material, de la que el *Llibre* da también algún ejemplo concreto<sup>40</sup>.

La caballería estuvo presente en la vida de Jaime I y lo está en sus recuerdos<sup>41</sup>. El mayor cumplido a su padre fue justamente la condición de *bon cavalier d'armes, si bo n'avia e-l món*<sup>42</sup>. En tanto que colectivo socio-militar, la opinión del rey está más cerca de una advertencia a sus sucesores que de la mera impresión personal: *en el mundo no hay gente tan soberbia como lo son los caballeros*<sup>43</sup>.

#### 4 CUIDARSE DE LOS MALOS VASALLOS

Posiblemente condicionado por su composición en un momento de grandes revueltas nobiliarias (c. 1270-1276), el *Llibre dels Fets* invita a desconfiar de una nobleza que

<sup>34</sup> LF, cap. 147; Burns, «The Spiritual», 10.

<sup>35</sup> LF, cap. 49; Cingolani, *Jaume I*, 168 y 170-1.

<sup>36</sup> LF, cap. 9; Cingolani, *Jaume I*, 52; y al-Harawi, cap. XXIV.

<sup>37</sup> LF, cap. 227; Burns, «The Spiritual», 18.

<sup>38</sup> LF, cap. 84 y 126.

<sup>39</sup> P2<sup>a</sup>, XXIV.7; LDS, cap. XXX y XXXVII.

<sup>40</sup> LF, cap. 137; Kagay, «Jaime I», 102.

<sup>41</sup> Véase Martines Peres, «Els models», 239-41; Kagay, «Jaime I», 104.

<sup>42</sup> LF, cap. 6.

<sup>43</sup> LF, cap. 237.

sirve a sus propios intereses antes que al rey<sup>44</sup>. Jaime I ofrece soluciones prácticas a este dilema. Una muy interesante es la rotación de participantes en los consejos de guerra, descrita durante los sucesos del cerco de Valencia: tras reunirse con barones y otros hombres de armas, *hicimos partir a los que estaban en nuestra presencia, para que no supieran lo que habíamos hablado con ellos; y volvieron después, cuando los otros venían*<sup>45</sup>.

La ocultación de información a los nobles llega en ocasiones al engaño, confesado sin pudor por el propio monarca con tal de conseguir sus objetivos<sup>46</sup>. El secreto es la clave: *qu-el secret tenia per bo sobre totes coses*<sup>47</sup>. La eficacia militar de esta práctica quedó espectacularmente demostrada con la toma de Valencia, cuya capitulación fue negociada por el rey en persona y a solas con el sobrino del emir Zayyan ibn Mardanis. En el *Llibre* se describe incluso la manera, tan sencilla como funcional, con la que asegurar la discreción de una negociación: haciendo salir a todos de la sala salvo al intérprete<sup>48</sup>.

## 5 PENSAMIENTO ESTRATÉGICO

Aunque prime la practicidad táctica<sup>49</sup>, en varios pasajes del *Llibre* se deslizan reflexiones propias de un pensamiento militar dotado de una notable concepción estratégica. La conquista de Ibiza (1235), descrita de forma breve y en apariencia rutinaria, ofrece una primera mecánica de utilidad a la hora de ganar una plaza fuerte: apoyo regio a una iniciativa privada; organización de la expedición; construcción de dos máquinas de sitio; desembarco; instalación planificada de la artillería; hostigamiento mediante escaramuzas (*batayles menudes*); asalto a la muralla; captura del primer recinto; capitulación de los defensores. El rey remarca la eficacia del sistema al comentar que *así tuvieron de esta manera la villa y el castillo, sin que el trabuquete hubiera tirado ni diez piedras*<sup>50</sup>.

Jaime I plantea una estrategia diferente durante sus negociaciones con el rey de Navarra Sancho VII el Fuerte. Aquí no cabía la conquista territorial, sino frenar militarmente la respuesta castellana a la unión de los territorios navarros a la Corona de Aragón. Para ello había que reunir un gran ejército, llevar la guerra a tierras castellanas, derrotar en campo abierto al rey de Castilla y devastar sus tierras para obtener ganancias con las que mantener el contingente y ampliarlo con nuevos aliados<sup>51</sup>.

Donde la inteligencia estratégica de Jaime I se aprecia mejor es en el relato de la conquista de Valencia. Como en otros momentos, el monarca se erige en instructor militar de sus hombres: *Ahora os diremos cómo tomaremos Valencia y toda la demás tierra*<sup>52</sup>. Al

<sup>44</sup> LF, cap. 14-33, 89-90, 271 y 284-9, también 166-9 y 180-1. Kagay, «Jaime I», 99-101.

<sup>45</sup> LF, cap. 196-8, esp. 198.

<sup>46</sup> LF, cap. 321, también 192-3.

<sup>47</sup> LF, cap. 271. Lo mismo en al-Harawi, cap. XV; P2<sup>a</sup>, XXIII.5 y 9; DpH, lib. XI, cap. 15-6 y lib. XII, cap. 1; LE, cap. LXX; y los espejos de príncipes castellanos, Rodríguez García, «Hombres», 504-5.

<sup>48</sup> LF, cap. 271-80, esp. 274, 276 y 277.

<sup>49</sup> Kagay, «Jaime I», 95-8, esp. 97.

<sup>50</sup> LF, cap. 126-7, esp. 127.

<sup>51</sup> LF, cap. 147.

<sup>52</sup> LF, cap. 127-283, esp. 130; el símil también en Kagay, «Jaime I», 98.

margen de su elevada autoestima (Jaime siempre sabe lo que hay que hacer y siempre tiene razón) y de una posible reinterpretación a posteriori de lo sucedido<sup>53</sup>, lo cierto es que el plan de operaciones resulta de una clarividencia y una modernidad sorprendentes. La primera fase consiste en el asedio y la conquista de una posición fuerte (Burriana) situada entre la frontera con el territorio enemigo (más allá de Peñíscola) y la capital (Valencia), partiendo de una sólida base de retaguardia (Teruel) y tras la concentración de suministros por tierra y por mar, y la construcción de máquinas de sitio, todo ello para precipitar el aislamiento y la caída en cascada por rendición de toda la mitad septentrional del territorio<sup>54</sup>. En una segunda fase, y tras convencer al enemigo (y a algunos amigos) de su firme intención conquistadora (mediante la presencia en campaña de la reina Violante en persona), se procedería a la ocupación y fortificación de una posición estratégica cercana a la capital (Puig de Santa María) desde la que llevar a cabo una guerra de desgaste sistemática con la que, siguiendo la regla vegeciana, ahogar económicamente a la población<sup>55</sup>. Luego, mediante un esfuerzo de guerra sostenido por sus vasallos y la Iglesia en una operación concebida como cruzada, se establecería un cerco en firme hasta la conquista de la ciudad<sup>56</sup>. El tempo vuelve a ser fundamental, pues las incursiones cristianas de devastación debían impedir la recolección de alimentos por parte de los defensores: *y en cuanto tengamos noticias de que están en gran flaqueza y gran cuita de hambre, nos abalanzaremos sobre ellos antes de que recojan el pan otra vez; y los sitiaremos y con la voluntad de Dios nos apoderaremos de ellos*<sup>57</sup>. La tercera fase se vislumbra en la respuesta de Jaime a la generosa oferta del emir Zayyan, consistente en la entrega de todos los castillos entre el Turia, Tortosa y Teruel, un alcázar en la propia ciudad y una renta de 10 000 besantes. El acuerdo no le convenía, *porque nos ha llegado la hora y momento que podemos tener Valencia, y así tendremos la gallina y después los polluelos*<sup>58</sup>. La prioridad estratégica era la toma de la capital. Una vez caída ésta, el resto del territorio sería más fácil de conquistar.

Durante el relato de la revuelta mudéjar podemos apreciar que Jaime I tenía perfecta conciencia del valor estratégico de una posición como Benicadell<sup>59</sup>. En esta parte del *Llibre* se revelan unos postulados estratégicos diferentes de los afirmados previamente, lo que invita a reflexionar sobre los verdaderos objetivos del rey de Aragón en tierras levantinas. Al principio manifiesta la voluntad de dejar vivir a los musulmanes conservando su religión y proclama gran confianza en su lealtad<sup>60</sup>. El cambio llega con la nueva estrategia planteada a raíz de la rebelión de los mudéjares: expulsión como traidores y repoblación de las tierras con colonos cristianos<sup>61</sup>. A primera vista parece la reacción lógica a la ruptura de los pactos, pero es el propio rey quien reconoce su alegría —*nos playja, car nos daven raó e manera que-ns en poguéssen venjar*—, lo que sugiere la existencia de una estrategia

<sup>53</sup> Se sugiere igualmente en *LF-i*, 140, n. 12; Cingolani, *Jaume I*, 211-4; Kagay, «Jaime I», 96.

<sup>54</sup> *LF*, cap. 130; Cingolani, *Jaume I*, 222 y 237-8.

<sup>55</sup> Kagay, «Jaime I», 104; *DpH*, lib. XI, cap. 14 y 16; *LE*, cap. LXXI.

<sup>56</sup> *LF*, cap. 241.

<sup>57</sup> *LF*, cap. 131, también 209, 241 y 269; *LF-S*, n. 947; Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 41.

<sup>58</sup> *LF*, cap. 242; Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 32.

<sup>59</sup> *LF*, cap. 370; *LF-S*, n. 1881.

<sup>60</sup> *LF*, cap. 356, también 184, 330, 418, 437 y 440.

<sup>61</sup> *LF*, cap. 364-5 y 564.

previa de expulsión de la población musulmana que no fue aplicada a corto plazo por razones pragmáticas de orden militar y económico<sup>62</sup>.

Otro buen momento para la formulación de enseñanzas estratégicas es la exposición de argumentos en pro de la prestación de ayuda militar a Alfonso X el Sabio. El enemigo debe permanecer desunido, porque la alianza de los sarracenos *de una y otra orilla del mar*, sumada a la rebelión de los mudéjares, supondría una amenaza mucho mayor para ambos reinos y toda la cristiandad<sup>63</sup>. La vieja máxima *divide et impera* se repite durante una entrevista posterior con el rey de Castilla, al alegrarse de que fomentara las divisiones entre el rey de Granada y sus arráeces: *que més valia que fossen dues partides que .I. soldá*<sup>64</sup>. El Conquistador también asevera que apoyar a un vecino poderoso es más conveniente que abandonarlo a su suerte, pues después *«me podría tener siempre como enemigo mortal»*. La tercera razón es que la derrota de un vecino poderoso frente a un enemigo común conlleva la futura necesidad de defender la tierra propia, por lo que *«más vale defender la suya que tener que defender la nuestra»*<sup>65</sup>. Se desliza en esta sentencia otra enseñanza militar tan clásica como importante: siempre es mejor que la guerra se libere en territorio ajeno que en el propio.

## 6 PREOCUPACIÓN POR LA LOGÍSTICA

Que los ejércitos marchan sobre sus estómagos era algo bien sabido en la Edad Media<sup>66</sup>. En el caso de Jaime I, la logística es uno de los aspectos de su actividad militar más señalados y mejor estudiados por la historiografía<sup>67</sup>. La lección práctica que se deduce de sus memorias es simple: hay que asegurar los suministros a los hombres. Como observa Donald J. Kagay, el Conquistador aprendió bien una regla básica de la guerra que ya había sido formulada siglos atrás por Vegetio<sup>68</sup>.

El *Llibre* habla de mantener intactas las líneas de abastecimiento, bien garantizando su protección armada (con la compra de dos galeras durante el cerco de Burriana), bien facilitando la llegada de suministros desde la costa (construyendo una calzada en la campaña de Valencia)<sup>69</sup>. No es prudente lanzar una ofensiva (sobre Alhama desde Alcantarilla) si una posición enemiga (Murcia) puede interceptar la columna, ni tampoco debe iniciarse un asedio sin víveres suficientes<sup>70</sup>. Si es una operación de corta duración,

<sup>62</sup> *LF*, cap. 361, 363 (cita), 364 y 366. Véase Silveira y Andrade, *«Quel dan»*.

<sup>63</sup> *LF*, cap. 366; Cingolani, *Jaume I*, 321-6.

<sup>64</sup> *LF*, cap. 507.

<sup>65</sup> *LF-e*, cap. 382 y 388; y al-Harawi, cap. XIV.

<sup>66</sup> al-Harawi insiste en ello (cap. XIII). Tener *vianda* es condición básica en *P2<sup>a</sup>*, XX.8, XVIII.6, 10 y 11, XXII.1, XXIII.3 y 22; *LDS*, cap. XXVIII y XXXIV; *DpH*, lib. XI, cap. 11, 12 y 16 (reproduciendo a Vegetio); *LE*, cap. LXX; García Fitz, «La didáctica», 277 y 278.

<sup>67</sup> Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 47-48; Kagay, «Army», 95-115; Burns, «The Crusade», 35-73; Kagay, «Jaime I», 84-90.

<sup>68</sup> Kagay, «Army», 104 y «Jaime I», 84.

<sup>69</sup> *LF*, cap. 164-6 y 212.

<sup>70</sup> *LF*, cap. 430.

basta llevar provisiones para tres días; si hay que moverse rápido, para un día<sup>71</sup>. Una parte importante del aprovisionamiento debe hacerse sobre el terreno a costa del enemigo<sup>72</sup>. Si la situación es precaria (en Mallorca pasó un día con 7 panes para más de 100 hombres), el rey puede hacer que el imperativo militar prime sobre las prescripciones religiosas (abstinencia de carne en Cuaresma)<sup>73</sup>. El suministro no afecta solo a los víveres, los animales y las armas: los materiales de construcción (para fortificar el Puig) o las ropas (de un fabricante de Burriana) deben tenerse también presentes<sup>74</sup>. La logística es lo primero incluso después de la toma de una ciudad o de una victoria en campo abierto<sup>75</sup>.

La preocupación de Jaime I por la intendencia se aprecia de forma meridiana en los pasajes que recuerdan la mala gestión de los recursos de la posición avanzada del Puig de Santa María por parte de su tío, el citado Bernart Guilhem de Entenza. Cuando el rey se encontró con él, lo primero que le preguntó fue: *pero, de conducho, ¿cómo os va?*<sup>76</sup>. Lo que sigue a la reprimenda es toda una lección de logística improvisada: adquisición en Burriana de pan, vino y avena, más la compra de carneros, vacas y cabras del botín de las incursiones, lo que le permitió reunir provisiones suficientes para un mes; e incautación de la carga de unos barcos anclados en Salou (harina para tres meses, vino para seis y avena para dos); el rey informa de que hizo anotar todo lo tomado para compensar a los mercaderes propietarios<sup>77</sup>.

El cuidado contable de Jaime I, basado siempre en lo escrito, linda frecuentemente —en palabras del general Faraudo— «con la escrupulosidad al detalle de un escribano de ración»<sup>78</sup>. Ello nos permite conocer el coste del mantenimiento mensual de un caballero (800 morabetinos), el precio de un caballo (de 1 300 sueldos a menos de 100 morabetinos), la dimensión del apoyo logístico de una ciudad como Teruel (3 000 cargas de pan, 1 000 de trigo, 2 000 de hordio, 20 000 carneros y 3 000 vacas) o el consumo diario de cargas de pan de una capital como Murcia (200 al día)<sup>79</sup>.

En el *Llibre* hay otros detalles que, por su interés y su originalidad, no son nada menores: en caso de marcha forzada, conviene dar de comer cebada a los caballos a última hora del día y partir de nuevo pasada la medianoche; las armas no siempre abundan y los caballeros que se retiran de una posición amenazada pueden ceder las suyas a los amigos que se quedan a mantenerla; dos acémilas eran capaces de cargar siete armaduras de hombre y de caballo; y los nobles llevaban en asnos sus camas desmontables<sup>80</sup>.

<sup>71</sup> *LF*, cap. 37 y 423.

<sup>72</sup> *LF*, cap. 147 y 212.

<sup>73</sup> *LF*, cap. 102. La intromisión regia en asuntos eclesiásticos en *LF-S*, n. 789.

<sup>74</sup> *LF*, cap. 208 y 254; Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 42.

<sup>75</sup> *LF*, cap. 88 y 219.

<sup>76</sup> *LF*, cap. 213. El mismo vocablo en la *P2ª*, XXIII.3.

<sup>77</sup> *LF*, cap. 214-6 y 265 (suministro por mar).

<sup>78</sup> Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 48.

<sup>79</sup> *LF*, cap. 179, 201, 220, 407 y 431.

<sup>80</sup> *LF*, cap. 133, 211 y 227.

7 IMPORTANCIA DE LA INFORMACIÓN, LA VIGILANCIA Y LA COMUNICACIÓN

El conocimiento del enemigo es otra de las máximas de la guerra. En el *Llibre* no se habla de espías<sup>81</sup>. Es más, llama la atención la cautela del rey de Aragón ante las informaciones recibidas sobre los musulmanes. Cuando, tras la conquista de Mallorca, llegaron rumores de una ofensiva del emir de Túnez sobre la isla, los barones y los prohombres de Barcelona le aconsejaron que confirmase primero las advertencias, *puesto que a veces se contaban muchas novedades de tierras remotas que no eran ciertas*<sup>82</sup>. También en la campaña de Valencia receló inicialmente del aviso de un inminente ataque del emir Zayyan sobre el Puig de Santa María: *desechamos aquellas noticias, pues parecían increíbles y no nos preocupamos*<sup>83</sup>. Aunque en ambos casos el rey tuvo que ponerse en marcha tras la llegada de nuevos mensajeros que confirmaban las malas noticias, se trata de una prudente pauta que vemos prescrita en el manual militar del oriental al-Harawi<sup>84</sup>.

La observación del enemigo en movimiento se hace mediante batidores y atalayas (*talayes*), en su acepción de exploradores a distancia<sup>85</sup>. Si se hacen cautivos, el interrogatorio se ajusta a una técnica conocida por otras fuentes: *preguntamos de uno en uno para que no se intercambiasen la información*<sup>86</sup>. A la hora de emprender una operación puede consultarse directamente a quienes conocen bien al enemigo, como suelen ser los adalides (*adalils*)<sup>87</sup>. A los de su hueste acudió para informarse sobre los musulmanes que resistían en las montañas de Mallorca. Aplicando el mismo sistema —preguntar individualmente y por separado—, supo por uno que había estado de correría durante ocho días que había un grupo de 60 sarracenos armados en una cueva de la sierra de Artà<sup>88</sup>. Ya vimos que es necesario corroborar los datos que se reciben. Cuando en Valencia le propusieron lanzar una incursión para capturar a un buen grupo de moros, la respuesta del rey fue: *E nós dixem que u voliem veer*. Tras el avistamiento de las fuerzas del emir Zayyan y de unos campesinos tomados como objetivo, la lección de Jaime se centra en la necesaria inspección previa del terreno, pues era una zona de acequias propicia para las caídas: en lugar de atacar, como le sugerían, enviaría exploradores por la noche a comprobar su estado<sup>89</sup>.

Otra prioridad es la vigilancia del campamento, tanto en incursiones como en asedios<sup>90</sup>. El joven e inexperto rey recibió las primeras directrices de sus barones durante la campaña de Mallorca: le aconsejaron armar 100 caballeros y situar atalayas muy

<sup>81</sup> Como hacen al-Harawi, cap. XII, XIV, XVI y XVII; Joinville, §§ 185, 199 y 263; *P2ª*, XXII.1 y XXVII.11; *LE*, cap. LXX; y Rodríguez García, «Hombres», 504-5.

<sup>82</sup> *LF-e*, cap. 108.

<sup>83</sup> *LF-e*, cap. 222.

<sup>84</sup> al-Harawi, cap. XV, quien además anima a realizar campañas de desinformación (cap. XIV y XXIII); el ejemplo de los antiguos en *DpH*, lib. XII, cap. 5.

<sup>85</sup> *LF*, cap. 224 y 423-5; al-Harawi, cap. XIV y XVI; *P2ª*, XXVII.10 y XXIII.27; *LE*, cap. lxxii.

<sup>86</sup> *LF-e*, cap. 225; Joinville, § 623. En las *Partidas* se llama *tomar lengua*, *P2ª*, XXVII.11; también en los *Castigos de Sancho IV*, Rodríguez García, «Hombres», 505.

<sup>87</sup> *P2ª*, XXII.1-4; e *infra*.

<sup>88</sup> *LF*, cap. 99.

<sup>89</sup> *LF*, cap. 258.

<sup>90</sup> *P2ª*, XXIII.20, 21 y 23 y XXVII.10; *DpH*, lib. XI, cap. 14; *LE*, cap. LXXVII; García Fitz, «La didáctica», 278-9.

avanzadas para que la hueste tuviera tiempo de prepararse en caso de ataque. Atendiendo a la recomendación, ordenó que cada ricohombre armara un tercio de su compañía y que enviasen peones fuera del campamento a informar de cualquier movimiento del enemigo<sup>91</sup>. En los días previos al asalto a la ciudad, y para bloquearla completamente, situó un centinela (*guayta*) acompañado de 100 caballeros vigilando las máquinas, las empalizadas y las puertas: *hacia un frío tan grande que, cuando estaban fuera y habían hecho una ronda de una legua o dos, se volvían a las tiendas y a las barracas por el frío que tenían, y enviaban escuchas, por si se acercaban al campamento*<sup>92</sup>. El sistema empleado en el cerco de Burriana consistió en la protección de las máquinas con caballeros y escuderos a pie que se relevaban cada cinco noches<sup>93</sup>.

El rey de Aragón insiste en la necesidad de supervisar a los vigilantes comprobando que están en sus puestos, pauta recogida igualmente en las *Partidas* castellanas<sup>94</sup>. Una noche, durante el cerco de Mallorca, no fue así: *y les dijimos que muy mal habían hecho, y pusimos allí a otros nuevos de los ricoshombres y de nuestra mesnada*<sup>95</sup>. Lo mismo sucedió en Burriana, cuando se le comunicó que la escolta de los manteletes los había abandonado y tuvo que acudir en persona con nueve caballeros para protegerlos<sup>96</sup>.

El *Llibre* también ilustra sobre los sistemas de comunicación. Para asegurar la formación de la flota que navegaría hacia Mallorca, el rey ordenó colocar un fanal en la nave que iría la primera guiando al resto y otro en la última<sup>97</sup>. Sabemos que este tipo de señales luminosas se empleaba también en las cabalgadas para evitar la pérdida de contacto visual entre contingentes en movimiento<sup>98</sup>. En la isla, los musulmanes que se ofrecieron a proporcionarles suministros le demandaron un pendón real para que sus enviados fueran reconocidos al llegar al campamento cristiano<sup>99</sup>. Y en previsión de la llegada de la flota del emir de Túnez a las costas de Mallorca (1232), el rey estableció atalayas para que *antes de que viniesen, que lo supiésemos en la ciudad*<sup>100</sup>.

Jaime describe igualmente los sistemas de comunicación a larga distancia. El de almenaras empleado por los musulmanes valencianos se detalla con ocasión de una entrada cristiana<sup>101</sup>. También usaban el sonido de los añafles y señales de humo para avisar de un ataque a las poblaciones de las alquerías<sup>102</sup>. Entre los cristianos, el monarca informa de un código propuesto por el barón aragonés Pelegrín de Atrosillo: encendido de dos hogueras en caso de recibir un ataque; de una si no tiene lugar<sup>103</sup>. La comunicación a

<sup>91</sup> *LF*, cap. 61; y Joinville § 178.

<sup>92</sup> *LF*, cap. 82.

<sup>93</sup> *LF*, cap. 170 y 174, también 262.

<sup>94</sup> *P2<sup>a</sup>*, XVIII.9.

<sup>95</sup> *LF*, cap. 82.

<sup>96</sup> *LF*, cap. 174.

<sup>97</sup> *LF*, cap. 56.

<sup>98</sup> Luminosas y acústicas, empleando bocinas o añafles, *LE*, cap. lxx.

<sup>99</sup> *LF*, cap. 70.

<sup>100</sup> *LF*, cap. 112.

<sup>101</sup> *LF*, cap. 187.

<sup>102</sup> *LF*, cap. 313.

<sup>103</sup> *LF*, cap. 312.

distancia mediante almenaras fue prevista por el rey en sus disposiciones sobre la defensa de Murcia en 1266<sup>104</sup>.

## 8 EL VALOR DE LA DISCIPLINA

Al contrario de lo que reza la imagen tradicional, los combatientes medievales sí cumplían las órdenes que recibían<sup>105</sup>. También conocían el mérito intrínseco de la disciplina, tal como reflejan de forma palmaria las *Partidas* alfonsíes<sup>106</sup>. Los autores medievales se refieren a las órdenes de los mandos y a su cumplimiento por parte de los subordinados, lo que nos brinda una información preciosa sobre lo que se hacía y, mejor aún, sobre lo que no se hacía.

En boca de un rey que cuenta su historia es lógico encontrar muchas órdenes. Una disposición básica es el control de la entrada y salida del campamento durante una operación de asedio. En Mallorca, Jaime I hizo *vallar la hueste, con fosos y una verja; había dos puertas, por las que no podía salir nadie sin mandato expreso de Nos*<sup>107</sup>. También advierte del riesgo de acercarse a las murallas de una ciudad sitiada, por el peligro a las espolonadas de los defensores<sup>108</sup>. Y en Valencia, tras observar las correrías de los jinetes sarracenos entre la capital y el campamento cristiano, previno a sus caballeros de *no salir a merodear hasta conocer bien el terreno*<sup>109</sup>. El incumplimiento de las órdenes merece una abierta condena por parte del monarca. Cuando unos aragoneses atacaron sin permiso la torre de Boadella, *Nos los censuramos por haber emprendido una acción tan importante sin nuestro consejo ni el de los barones de la hueste, y les dijimos que les estaba bien empleado que les hubiera ido tan mal*<sup>110</sup>.

La disciplina debe ser impuesta con especial rigor en los momentos críticos. Tras el desorden y la incertidumbre vividos en la batalla de Portopí, el *Llibre* ofrece un ejemplo práctico en vísperas del asalto a la ciudad de Mallorca: el consejo de barones y prelados presidido por el rey estableció bajo juramento no dejar de avanzar hasta que cayera, sin atender a ningún herido, parientes incluidos, y considerando traidor *como lo son los que matan a su señor*, el máximo baldón, a quienes no actuasen así. La gravedad del juramento era tal que los barones eximieron al rey de prestarlo<sup>111</sup>.

Nos interesan especialmente los pasajes que describen la aplicación de medidas disciplinarias<sup>112</sup>. El más espectacular se sitúa en 1237, cuando Jaime I vio llegar a un ballestero a caballo de la mesnada del comendador hospitalario de Oropesa. Para recalcar su abandono del combate, el rey lo describe bien armado y con la ballesta cargada. Su

<sup>104</sup> *LF*, cap. 456.

<sup>105</sup> Lo señala también Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 21.

<sup>106</sup> *P2ª*, XXIII.26, leyes 11 y 30, XIX.9, XXII.1 y XXVII.3; *DpH*, lib. XII, cap. 30.

<sup>107</sup> *LF-e*, cap. 69 y 134; *P2ª*, XXIII.19, 20 y 22; Joinville §§ 172, 263, 294-6 y 543.

<sup>108</sup> *LF-e*, cap. 165.

<sup>109</sup> *LF-e*, cap. 256.

<sup>110</sup> *LF*, cap. 267; la misma condena de San Luis en Joinville, § 176.

<sup>111</sup> *LF*, cap. 81; Burns, «The Spiritual», 19; al-Harawi, cap. XX; *P2ª*, XXIII.38 y XXVII.15.

<sup>112</sup> Como verdadero código penal militar cabe considerar el tít. XXVIII de la *P2ª* (1555).

reacción fue visceral: *Le dijimos: «Bacalao apestoso, ¿cómo puedes desamparar a tu señor? (...) ¡Por Cristo, nunca tan mala cosa hiciste! ¡Desmonta del caballo!»*. El castigo fue una degradación militar que se diría propia de tiempos mucho más recientes: *Y le quitamos el caballo, el perpunte, el casco de hierro y la ballesta. Y no le dejamos sino una gonela, e iba a pie detrás de Nos*<sup>113</sup>. Ya vimos que Jaime recriminó a los centinelas que abandonaron su puesto durante los últimos días del asedio de Mallorca<sup>114</sup>.

El Conquistador instruye en la obligación de cumplir los acuerdos pactados con los musulmanes, sobre todo a la hora de contener los desmanes de la soldadesca<sup>115</sup>. Cuando los violadores de una orden regia son identificados, se les debe aplicar la pena de muerte. Así les sucedió a varios cristianos acusados de querer robar a los refugiados que salían de Valencia, como también a otro que hablaba con los moros cuando se había prohibido todo trato con ellos sin permiso del monarca<sup>116</sup>.

La práctica disciplinaria en campaña queda perfectamente definida en las directrices dadas por el monarca en Alicante a la hueste que iba a entrar en tierras del reino de Castilla en noviembre de 1265. Se trata de unas líneas que se dirían tomadas de un bando redactado para la ocasión. En ellas comprobamos con gran claridad la intención didáctica del *Llibre dels Fets* en asuntos de guerra, pues, en palabras del propio Jaime I, *les queríamos dar doctrina sobre cómo comportarse en materia de armas y otras cosas*. Precisa bien el texto, detalle importante, que estaban allí presentes sus hijos, los infantes Pedro y Jaime. El rey ordenó, bajo pena de traición: no emplear las armas ni separarse sin permiso; en caso de alarma, armarse, acudir a él y cumplir las órdenes; si ocurre de noche, armarse y presentarse ante él; no romper filas bajo ningún concepto; evitar a toda costa las peleas internas; y apelar a él en caso de disputa<sup>117</sup>.

## 9 DÓNDE Y CÓMO ACAMPAR

En las memorias de Jaime I encontramos pautas interesantes sobre la disposición del campamento<sup>118</sup>. Es sabido que se elegían lugares preferentemente elevados, mejor con defensas naturales y siempre dotados de fuentes o cursos de agua<sup>119</sup>. Así se indica en el relato de la campaña de Mallorca y de los sitios de Játiva y Biar<sup>120</sup>. El segundo campamento creado en Mallorca, al poco del desembarco, se organizó en torno a una acequia. Era *tan compacto* —dice el rey— *que no daba a entender que hubiera más de cien caballeros. Hasta tal punto estaban tupidas las cuerdas unas con otras que, en los ocho días que duró, no se podía*

<sup>113</sup> *LF*, cap. 229. La pérdida de la condición de caballero se prescribe, con descripción de la ceremonia, en la *P2ª*, XXI.25; la pérdida de armas y caballo (y un insulto muy similar) en Joinville, §§ 505 y 428.

<sup>114</sup> *LF*, cap. 82; *supra*.

<sup>115</sup> *LF*, cap. 308, 361, 369, 421, 439 y 444; *LF-S*, n. 2133; Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 49; Burns, «The Spiritual», 21; *P2ª* (1555), XXVIII.11; *LE*, cap. LXXVI; y al-Harawi, cap. XXI.

<sup>116</sup> *LF*, cap. 283 y 340; también 87.

<sup>117</sup> *LF*, cap. 415; Kagay, «Jaime I», 100.

<sup>118</sup> Lo remarca también Kagay, «Jaime I», 92-3.

<sup>119</sup> al-Harawi, cap. XIV; *P2ª*, XXII.1 y XXIII.18-19; *DpH*, lib. XI, cap. 9; *LE*, cap. lxx.

<sup>120</sup> *LF*, cap. 67, 320-1, 339 y 357; Suñé Arce, «Técnicas», 116.

*apenas andar entre la hueste*<sup>121</sup>. Este comentario, a la luz de otros textos coetáneos, puede entenderse como una alabanza o como un reproche: el oriental al-Harawí desaconsejaba juntar demasiado las tiendas, no tanto por las dificultades de movimiento señaladas por Jaime como por los problemas de reposo debidos al ruido y por el riesgo de incendios<sup>122</sup>; en las *Partidas* alfonsíes, en cambio, se alaba la antigua práctica (aplicable en caso de no encontrar maderos para cerrar el campamento con una empalizada) de juntar mucho las tiendas, hasta trabar unas con otras, con el fin de bloquear el paso a todo enemigo de a pie y de a caballo<sup>123</sup>.

La elección del lugar del campamento solía ser encomendada a los adalides, pues *asentar huestes es muy grant maestría*<sup>124</sup>. Lo confirma el rey Jaime cuando, en el asedio de Murcia, se mostró descontento con uno que le había escogido una ubicación demasiado cercana a las murallas<sup>125</sup>. La crítica se entiende mejor si tenemos presente la preocupación personal del monarca por la acampada, tarea que no es la única que asumía como propia en campaña, con no poca alteración de sus nervios por la tensión y la ansiedad<sup>126</sup>. Ante Játiva, y acompañado por un pequeño grupo de barones y caballeros aragoneses, Jaime en persona inspeccionó tres lugares diferentes y ordenó explorar otro sin decidirse por ninguno, puesto que quería encontrar *una loma baja y que tuviera agua*. Al día siguiente fue a reconocer otro cerro que tampoco reunía condiciones<sup>127</sup>. El mensaje parece claro: es importante que el rey asuma esta misión tan vital como difícil<sup>128</sup>.

La responsabilidad del monarca se extiende igualmente a la disposición interna del campamento, tal como sentencia él mismo con otra de sus «máximas guerreras»: *al acampar la hueste, el rey debe estar presente, que vaya primero para colocar a los mejores, de modo que después no tengan que moverse y quede la hueste bien instalada*<sup>129</sup>. En fuentes coetáneas vemos confirmada esta intervención regia en la organización de la acampada<sup>130</sup>.

## 10 DESGASTAR AL ENEMIGO

El *Llibre del Fets* habla de algaras y cabalgadas, de *corredors* y *cavalcadors*, de *correr* la tierra y de *talar* los campos<sup>131</sup>. Se trata de términos referidos a la forma más cotidiana de hacer la guerra en la época, lo que los tratadistas castellanos llamaban guerra *de pasada* o *guerra guerriada*<sup>132</sup>. Esta práctica servía para dañar los recursos del enemigo, *fer mal*

<sup>121</sup> *LF-e*, cap. 67.

<sup>122</sup> al-Harawí, cap. XIV.

<sup>123</sup> *P2ª*, XXIII.18.

<sup>124</sup> *Ibidem*.

<sup>125</sup> *LF*, cap. 434; *LF-i*, 315, n. 99.

<sup>126</sup> *LF*, cap. 82 y 363; Faraudo de Saint Germain, *Semblanza*, 48.

<sup>127</sup> *LF*, cap. 320-1.

<sup>128</sup> al-Harawí, cap. XXI.

<sup>129</sup> *LF*, cap. 434 (a partir de *LF-e*); *LF-S*, n. 2124.

<sup>130</sup> Lo hacía Luis IX de Francia en Tierra Santa, Joinville, § 582.

<sup>131</sup> Bruguera, «Vocabulari», 40, 41, 58, 59, 60 y 63.

<sup>132</sup> *P2ª*, XIX.4; *LE*, cap. LXX y LXXV, 144; García Fitz, «La didáctica», 280-1; *LDS*, cap. XXXII.

en palabras de Jaime I<sup>133</sup>. El segundo objetivo era hacerse con esos recursos mediante el robo, el saqueo y la captura de prisioneros. Cuando el botín es grande, el rey habla de *bo-nes cavalcades* que contribuyen al aprovisionamiento de la hueste y al enriquecimiento de las tropas<sup>134</sup>. Jaime enseña la finalidad estratégica que también tiene esta forma de guerra. Así, cuando no se puede alcanzar a un enemigo que dispone de buenas fortificaciones en montaña, como ocurrió en Mallorca, las incursiones permiten evitar la recolección de los campos y forzar su desabastecimiento y su rendición<sup>135</sup>. Es también, como vimos, la estrategia planificada por el Conquistador en Valencia: agotar económicamente la ciudad hasta hacerla *madurar, como hace con la fruta quien quiere comerla*<sup>136</sup>.

En el *Llibre* hay información concreta sobre el desarrollo de estas operaciones de desgaste, aunque no tan detallada como en la didáctica castellana<sup>137</sup>. Las incursiones tienen una duración variable, que va de 6 días a 3 semanas<sup>138</sup>. Lo primero en la organización de una cabalgada vuelve a ser la logística. Preparando una entrada de 10 días por tierras de Almería en 1266, el rey calcula víveres para los 4 de ida, los 4 de vuelta y 2 sobre el terreno o empleados en una retirada que probablemente sería más lenta. Jaime enseña cómo se aprovechan mejor los animales de carga:

cuando Nos conquistamos el reino de Valencia, llevábamos alimentos para tres semanas de la manera siguiente: los caballeros cabalgaban en sus caballos, y cargaban mulas con pan, vino y avena, llevando ellos las lanzas en la mano y los escudos sobre la acémila; y a medida que se iban descargando, recuperábamos las mulas una a una<sup>139</sup>.

El conocimiento del terreno evita el error de adentrarse en zonas montañosas con caballos armados<sup>140</sup>. Los adalides son los profesionales a los que es necesario consultar antes de ponerse en marcha, porque *nos conducen y conocen los pasos de aquellas tierras, acerca de cómo había que actuar y cómo no*<sup>141</sup>. Un sarraceno cautivo, si parece de fiar, puede servir como guía<sup>142</sup>. Los *corredors* cumplen igualmente con las misiones de exploración<sup>143</sup>. En el mejor de los casos, el conocimiento de los caminos y los pasos puede ser adquirido de una manera directa gracias a la práctica habitual de la caza<sup>144</sup>.

<sup>133</sup> *LF*, cap. 342; *fazer danno* en la *P2ª*, XIX.4.

<sup>134</sup> *LF*, cap. 189, 103, 186, 188, 212, 225, 245, 258, 290, 291, 316 y 433.

<sup>135</sup> *LF*, cap. 114.

<sup>136</sup> *LF*, cap. 206 y 241, también 269 y 276; Kagay, «Jaime I», 91; y *supra*.

<sup>137</sup> *P2ª*, XXIII.27-29; *LE*, cap. LXX, LXXV y LXXVIII; García Fitz, «La didáctica», 280-1.

<sup>138</sup> *LF*, cap. 291 y 455.

<sup>139</sup> *LF*, cap. 455. Soldevila dedujo que los caballeros viajaban en mula, no en caballo, *LF-S*, n. 2162; *LF-e*, n. 600.

<sup>140</sup> *LF*, cap. 370. Protegidos con lorigas y/o gualdrapas acolchadas.

<sup>141</sup> *LF-e*, cap. 98-9; Kagay, «Jaime I», 97. Sobre los adalides, *P2ª*, XXII.1, XXIII.16-18; al-Harawi, cap. XVI; *DpH*, lib. XII, cap. 2.

<sup>142</sup> *LF*, cap. 202.

<sup>143</sup> *LF*, cap. 100.

<sup>144</sup> *LF*, cap. 183; *P2ª*, V.20; García Fitz, «La didáctica», 275.

Una vez en tierra hostil, lo más importante es mantener el buen orden de la columna en movimiento<sup>145</sup>. No se puede abandonar la formación sin una orden expresa<sup>146</sup>. Es un error que los peones se alejen de los caballeros, porque el enemigo aprovechará la ocasión para atacar, mientras que no se atreverá si la columna avanza ordenada, aunque lo haga lentamente, como ocurrió durante una cabalgada dirigida por el rey en la sierra de Mallorca<sup>147</sup>. Si el enemigo está cerca, vale más permanecer armados y montados, comiendo incluso sobre la montura<sup>148</sup>. Cerca de una plaza enemiga, hay que hacer buen uso de la simulación y el engaño: pasando con pocos hombres un desfiladero situado junto al gran castillo de Murviedro, Jaime I hizo hacer un estandarte con la gualdrapa de un caballo y ordenó avanzar con las armas en la mano y muy juntos unos a otros, para que los musulmanes creyeran que tenía más caballeros de los que en realidad había<sup>149</sup>.

El Conquistador enseña incluso cómo llevar a cabo una operación de devastación. Si las guarniciones enemigas son poderosas, puede talarse por la noche, dejando un contingente limitado en el campamento, mientras el resto se ocupa de la tala<sup>150</sup>. En otro pasaje muy interesante, el rey explica el procedimiento con más detalle:

Yo os diré cómo los talaremos que no lo puedan impedir: pongamos 20 caballos armados en aquel camino elevado y otros 20 en el camino inferior, y dejemos los escudos a los escuderos, y que los ballesteros vayan a las espaldas de los escudados, y los taladores [protegidos] con dos de los ballesteros<sup>151</sup>.

Las destrucciones deben incluir las infraestructuras del enemigo, en especial las destinadas al suministro de agua, como azudes, acequias y molinos, una máxima que prescriben también los tratadistas militares de la época<sup>152</sup>.

## 11 «SEPARAR LA PAJA DEL TRIGO»: LA BATALLA CAMPAL

En el siglo XIV, Jaime I era apodado «el Venturoso», por haber hecho *tantas conquistas et tan grandes et con tan pocas batallas*<sup>153</sup>. Personalmente solo combatió en una, la de Portopí (12 septiembre 1229), al poco de desembarcar en Mallorca<sup>154</sup>. En la otra gran lid de su reinado, la del Puig de Santa María (agosto 1237), forzada también por los

<sup>145</sup> al-Harawi, cap. XVI; *P2ª*, XXIII.16 y 21; *DpH*, lib. XI, cap. 5, y lib. XII, cap. 3; *LE*, cap. LXX, 135-7 y LXXVIII, 152; García Fitz, «La didáctica», 281.

<sup>146</sup> *LF*, cap. 415.

<sup>147</sup> *LF*, cap. 93; al-Harawi, cap. XIV.

<sup>148</sup> *LF*, cap. 259.

<sup>149</sup> *LF*, cap. 221; *LF-S*, n. 1369; Kagay, «Jaime I», 92.

<sup>150</sup> *LF*, cap. 153.

<sup>151</sup> *LF*, cap. 155; *LF-S*, n. 1066; Bruguera, «Les batalles», 15. El método recuerda al usado por las tropas francesas en el asedio de Toulouse de 1228, Alvira, *El Jueves*, 584, n. 2.461.

<sup>152</sup> *LF*, cap. 320-1; *P2ª*, XXIII.24.

<sup>153</sup> *Crónica real*, cap. 35.

<sup>154</sup> *LF*, cap. 63-6; Ribas de Pina, «La conquista», 42-6; Hernández, *Història*, 91-2; Cingolani, *Jaume I*, 189-94; Renedo, «Llums», 495-520.

musulmanes, no estuvo presente<sup>155</sup>. Cuando llegaron noticias de que los moros valencianos querían un segundo choque en el Puig, el rey quiso acudir enseguida, animado probablemente por el disgusto de no haber asistido a la primera<sup>156</sup>. Jaime ya había buscado la batalla antes, durante una incursión en la ribera del Júcar en 1234 y ese mismo año 1237, pero las fuerzas del emir Zayyan tampoco acudieron a las citas<sup>157</sup>.

En otra de sus máximas militares, el Conquistador da cuenta de la importancia que para él tenía la batalla campal como momento decisivo en la vida del guerrero: *A fe mía, hoy se separará el trigo de la paja*<sup>158</sup>. La concepción del choque campal como ordalía se expresa perfectamente en otro sentencioso aforismo: *las batallas rápido se vencen y se las da Dios a quien se las quiere dar*<sup>159</sup>. La victoria en campo abierto está asociada al derecho, la razón y la causa justa. Así se lo oyó decir al rey Sancho VII de Navarra y afirmó él mismo (*con la ayuda de Dios, venceremos, pues nosotros tenemos la causa justa y ellos la injusta*) cuando proyectaban una guerra conjunta contra el rey de Castilla<sup>160</sup>. Desde el comienzo del *Llibre*, y encarnado en la figura de su padre en Muret, el pecado se perfila como causa de la derrota<sup>161</sup>. Jaime lo constata recordando unas justas celebradas mientras negociaba la capitulación de Valencia, pues el justador elegido para representarlo, un aragonés *pecador y de tan mala vida*, cayó derrotado ante su rival sarraceno<sup>162</sup>. Esta noción de la batalla, propia de la época, exige la celebración de unos rituales propiciatorios previos (misa, confesión, comunión) de los que el *Llibre* da buena cuenta<sup>163</sup>.

La preparación espiritual debe acompañarse de la motivación psicológica, responsabilidad del rey en tanto que caudillo supremo del ejército. No hay que dejarse amedrentar por el enemigo, y si éste lo intenta con hogueras, tambores o gritos, como hizo una flota del rey de Túnez que acudió en socorro de Valencia, debe responderse encendiendo más fogatas, armando un gran alboroto y lanzando hachones al foso para mostrar desprecio hacia la provocación<sup>164</sup>. Si llega una desgracia, hay que disimularla para mantener la moral de la tropa. En Mallorca ocultó con grandes telas el funeral de los Montcada muertos en la batalla de Portopí y ordenó a los asistentes: *que nadie lllore ni haga demostraciones de duelo, pues (...) el duelo que hicierais ahora solo acarrearía desánimo para la hueste*<sup>165</sup>. Lo repitió en Zaragoza cuando quiso oír misa en su capilla, y no delante de todos, para que no vieran el dolor que sentía por la muerte de su tío Bernart Guilhem de Entenza<sup>166</sup>. El disimulo se vuelve aún más imperioso si el afectado es el mismo rey: cuando sufrió una herida de saeta en la cabeza, durante el cerco de Valencia, se limpió rápidamente la sangre

<sup>155</sup> *LF*, cap. 217-8; García Fitz, «*Voliem*», 87-99.

<sup>156</sup> *LF*, cap. 223.

<sup>157</sup> *LF*, cap. 187-8 y 210.

<sup>158</sup> *LF-e*, cap. 224 y n. 390.

<sup>159</sup> *LF*, cap. 430.

<sup>160</sup> *LF-e*, cap. 146 y 147; *LE*, cap. LXXIX y LXXXVI; *LDS*, cap. XXVII y XLVIII.

<sup>161</sup> *LF*, cap. 9; Alvira, *El Jueves*, 398-9 y 441-60.

<sup>162</sup> *LF*, cap. 273; Burns, «The Spiritual», 10.

<sup>163</sup> *LF*, cap. 9, 63, 83, 84, 183, 224 y 426; *LE*, cap. LXXVI-I; Burns, «The Spiritual», 10-11; Bruguera, «Les batalles», 16-7; Smith, «Guerra santa», 313-4; Kagay, «Jaime I», 103.

<sup>164</sup> *LF*, cap. 264.

<sup>165</sup> *LF-e*, cap. 68.

<sup>166</sup> *LF*, cap. 232.

y se retiró sonriendo *para que la hueste no se alarmase*. (...) *Cuando la cara se desinfló, recorrimos a caballo todo el campamento para que la gente no se desmoronase*<sup>167</sup>. Es el ejemplo el que conmueve a los hombres: los caballeros del Puig vieron renovados sus ánimos cuando el rey les dijo que permanecería a su lado hasta que conquistase Valencia<sup>168</sup>. Y llegado el momento crítico, hay que motivarlos mediante el expediente clásico de la arenga, yendo de una parte a otra del ejército y apelando al valor, el deber vasallático, la gloria, la honra del linaje, la obligación filial e incluso, lo que es más llamativo, la amenaza de desheredamiento<sup>169</sup>.

En el *Llibre* no encontramos referencias a la explotación de los factores meteorológicos (sol, viento) o las características del terreno<sup>170</sup>. Sí se enseñan, en cambio, algunos dispositivos tácticos. El recuerdo de los preparativos defensivos en la recién conquistada Mallorca, ante una previsible ofensiva tunecina, se presta a una nueva lección militar del monarca: *Y Nos les dijimos que les mostraríamos una manera con la que los podrían vencer*. Los caballeros y los mejores guerreros debían permanecer alejados de la zona de desembarco, emboscados en la ruta de la capital; un contingente grande de jinetes y peones defenderían las playas cuanto pudieran, para retirarse luego hacia las tropas situadas en celada, que caerían sobre el enemigo; luego debían reunirse con el rey, aunque sin abandonar el hostigamiento; mediante este sistema, las tropas aún embarcadas no se atreverían a continuar la ofensiva. Exponiendo estos planes de batalla, escribió Soldevila, «novament el Conqueridor es mostra el gran capità que era, el gran guerriller, millor dit»<sup>171</sup>. Un dispositivo muy parecido se estableció durante el cerco de Valencia ante la llegada de otra flota tunecina de 12 galeras y 6 barcazas: 50 caballeros con caballos armados y 200 peones al acecho entre cañas, a cierta distancia de la playa, hasta que tuviera lugar el desembarco, que no se produjo porque los sarracenos temieron caer, efectivamente, en una emboscada<sup>172</sup>.

Jaime I da otras pautas útiles en choque frontal. La primera lección, pagada muy cara por su padre Pedro el Católico en Muret, es tan escueta como contundente: en batalla campal las tropas no pueden actuar *contra natura d'armes*, esto es, ir mal ordenadas (*mal ordonament*) o combatir de forma descoordinada<sup>173</sup>. Las cosas no parece que hubieran mejorado excesivamente quince años más tarde, pues el relato de la batalla de Portopí le sirve al rey para enseñar que los peones no deben separarse de los caballeros y que tampoco *es necesario que la delantera vaya tan lejos de la retaguardia como para que la delantera no vea a la retaguardia ni la retaguardia a la delantera*<sup>174</sup>. En estos pasajes introduce otra

<sup>167</sup> *LF-e*, cap. 266; Kagay, «Jaime I», 99.

<sup>168</sup> *LF*, cap. 237-8.

<sup>169</sup> *LF*, cap. 84, 428 y 427; al-Harawí, cap. XIX y XIV; *P2ª*, XXIII.5 y 22; *DpH*, lib. XI, cap. 16 y lib. XII, cap. 16; *LE*, cap. LXXII; Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 47 y 52-3; Bruguera, «Les batalles», 17-8.

<sup>170</sup> al-Harawí, cap. XX; *LDS*, cap. XXXI; *P2ª*, XXIII.7; *DpH*, lib. XI, cap. 14 y 16, y lib. XII, cap. 9-10; *LE*, cap. LXXII y LXXIV; García Fitz, «La didáctica», 281-2.

<sup>171</sup> *LF*, cap. 112; *LF-S*, n. 852; Bruguera, «Les batalles», 14-5.

<sup>172</sup> *LF*, cap. 264.

<sup>173</sup> *LF*, cap. 9; Alvira, *El Jueves*, 294-322, esp. 316-7; *LE*, cap. lxxviii.

<sup>174</sup> *LF*, cap. 63; Kagay, «Jaime I», 90-1.

máxima militar que sorprende un poco en 1228, dada su escasa experiencia: *compañía que va perdiendo la formación en batalla (...) bien vencida está*<sup>175</sup>.

En relación con el orden de combate, los peones forman delante de los caballeros y reciben su apoyo<sup>176</sup>. Un asunto que preocupa especialmente en el *Llibre* es la posición que debe ocupar el rey. Durante el relato de la conquista de Murcia, el propio Jaime alecciona al respecto: *en la batalla debe estar el rey en la retaguardia*<sup>177</sup>. Otro pasaje indica que el pendón real tiene que ir siempre delante del monarca<sup>178</sup>. Los problemas llegan cuando la persona del rey se ve comprometida en el combate. El barón catalán Ramon de Montcada recriminó al joven Jaime que hubiera cargado contra los musulmanes al desembarcar en Mallorca: *¿Qué habéis hecho? ¿Queréis matarnos a nosotros y a vos? Porque si por mala ventura vos os perdiéseis, y habéis estado en riesgo de perderos, la hueste y todo lo demás estaría perdido*<sup>179</sup>. La profunda herida dejada por la muerte del padre de Jaime I en Muret se hace evidente en estos pasajes<sup>180</sup>.

El *Llibre* ilustra sobre la necesidad de avanzar en formación de combate cuando se espera el contacto con el enemigo<sup>181</sup>. Dos pasajes reúnen los suficientes detalles como para reconstruir los dispositivos tácticos adoptados. Uno es el empleado en 1237 cuando la hueste pasó junto a Murviedro y parecía inminente un choque frontal con el ejército valenciano acantonado en Puzol<sup>182</sup>. Aunque las acémilas y muchos del centro se refugiaron en la sierra, los cristianos eran 30 caballeros con caballos armados, otros 100 jinetes y 2000 peones, sin contar los exploradores que el rey emboscó para afrontar la vanguardia musulmana (Figura 1).

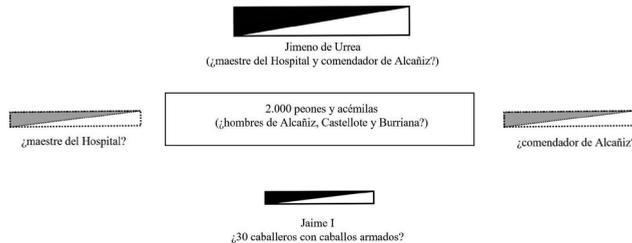


FIGURA 1: Hipótesis del orden de combate en la incursión entre Murviedro y Puzol (1237)

El segundo dispositivo se organizó en 1266, cerca de Murcia, cuando las tropas cristianas trataban de interceptar una gran columna musulmana. Contra la opinión mayoritaria del consejo de guerra, Jaime I propuso formar con 100 caballos armados en la

<sup>175</sup> *LF*, cap. 64; Bruguera, «Les batalles», 14; Bruguera, «Vocabulari», 59.

<sup>176</sup> *LF*, cap. 84; al-Harawi, cap. XX.

<sup>177</sup> *LF*, cap. 434.

<sup>178</sup> *LF*, cap. 227.

<sup>179</sup> *LF*, cap. 61 y 64 (batalla de Portopí).

<sup>180</sup> Alvira, *El Jueves*, 330-52; Kagay, «Jaime I», 100.

<sup>181</sup> *LF*, cap. 202, 219 y 230; *P2ª*, XXIII.15 y 26; *DpH*, lib. XI, cap. 10 y 13 (reproduciendo a Vegecio) y lib. XII, cap. 11 (reproduciendo a Frontino); *LE*, cap. lxxiv.

<sup>182</sup> *LF*, cap. 210.

zaga, la delantera al mando de los infantes Pedro y Jaime, y, en los flancos (*costaneras*), el infante castellano Manuel y el maestre de Santiago (Figura 2).

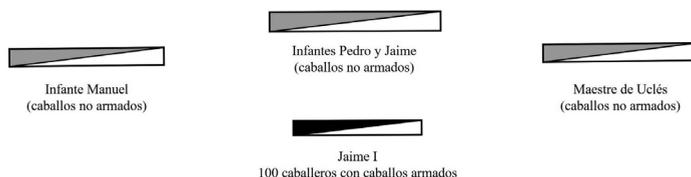


FIGURA 2: Orden de combate cerca de Murcia (1266)

Esta formación se justifica por su conocimiento de los jinetes musulmanes, que hostigaban a distancia a la caballería pesada cristiana gracias a su ligereza y velocidad: *los cansaban yendo alrededor de los que tienen caballos armados*. Jaime enseña que las condiciones de la caballería deben igualarse no armando al grueso de los caballos cristianos. Cuando los jinetes se acerquen, tienen que primar la templanza y la coordinación: no se carga hasta que el rey dé la señal mediante trompetas<sup>183</sup>. Una vez iniciada, la persecución debe continuar hasta que los enemigos caigan muertos o prisioneros. La zaga al mando del rey, más lenta por disponer de los caballos armados, avanzará detrás recogiendo lo que quede en el campo<sup>184</sup>.

Como ningún plan sobrevive al primer contacto con el enemigo, el del Conquistador se vio puesto a prueba por la velocidad de la columna musulmana. Cuando le urgieron a salir al campo, respondió que prefería esperar a situarse entre la ciudad y el enemigo para capturar sus bagajes, arguyendo para ello otra de sus sentencias guerreras: *muchas celadas de las que se hacen se pierden en el mundo por el arrebato de salir*<sup>185</sup>. Al saber que los musulmanes huían y que algunos querían perseguirlos, Jaime alecciona sobre la inconveniencia de alcanzar al enemigo tras una persecución fatigosa y cuando puede recibir refuerzos de la plaza hacia la que se dirige<sup>186</sup>.

El *Llibre* explica alguna otra forma de combate de los musulmanes. Una conocida es la formación masiva de peones con lanzas, capaz de frenar una carga de caballería<sup>187</sup>. Otra especialmente peligrosa es la retirada fingida, el famoso *tornafuy*, desconocida por los cruzados occitanos del arzobispo de Narbona durante el cerco de Valencia<sup>188</sup>.

Jaime I proporciona más informaciones sobre la batalla. El primer choque frontal de una campaña debe tener efectos contundentes: al desembarcar en Mallorca, los cristianos mataron a más de 1.500 sarracenos porque se había decidido previamente no hacer prisioneros<sup>189</sup>. El caudillo enemigo es el objetivo principal: por ello, en la de Portopí quiso

<sup>183</sup> También *LE*, cap. LXXVII y LXXIX.

<sup>184</sup> *LF*, cap. 424; la importancia de la zaga en al-Harawi, cap. XX; ya en Vegecio, *DpH*, lib. XI, cap. 15.

<sup>185</sup> *LF*, cap. 425.

<sup>186</sup> *LF*, cap. 428 y 431; *LE*, cap. LXXVIII.

<sup>187</sup> *LF*, cap. 85; *P2ª*, XXIII.15.

<sup>188</sup> *LF*, cap. 266; y *LE*, cap. LXXVI y LXXIX.

<sup>189</sup> *LF*, cap. 60.

interceptar al valí de Mallorca cuando se retiraba<sup>190</sup>. En estos pasajes se detiene a explicar incluso una técnica para matar a un enemigo a pie armado con lanza sin que hiera a los valiosos caballos: hay que colocarse en círculo y, cuando él ataque a uno, acometerle otro por la espalda<sup>191</sup>.

## 12 TOMAR CASTILLOS Y CIUDADES

La guerra de asedio era una actividad mucho más habitual que el choque en campo abierto y, por ello, está muy presente en la didáctica militar de la época y en las memorias de Jaime I<sup>192</sup>. Conviene evitar un cerco, si ello es posible, mediante el uso de estratagemas. En Menorca, los cristianos eran muy pocos cuando llegaron ante la fortaleza de Ciutadella, pero el rey ordenó encender fuegos en 300 puntos para simular que constituían un gran ejército; los musulmanes, asustados, prefirieron negociar su sumisión<sup>193</sup>. Si se llega al asedio (como en Valencia), una lección esencial es que debe planificarse adecuadamente, atendiendo a la distancia a las puertas (previendo salidas de los defensores), los puntos débiles de sus defensas (un saliente de la muralla) y la seguridad de las líneas de suministros (en este caso procedentes del mar)<sup>194</sup>.

El *Llibre* ofrece un buen repertorio de técnicas útiles para el sitiador, como la construcción de empalizadas (*cledes*) para cercar una plaza y de manteletes (*mantels*) y cavas, a modo de trincheras, para proteger a las tropas<sup>195</sup>. Para cegar un foso, los peones deben contar con la cobertura adecuada: el eficaz método empleado por los hombres de Lérida en Mallorca era ir colocando una capa de leña y otra de tierra; en Valencia, el foso inundado fue llenado de maderos y sarmientos<sup>196</sup>. A golpe de pico se puede forzar la entrada en una posición enemiga<sup>197</sup>. El sistema de demolición de torres mediante una mina se describe con detalle: excavación y consolidación de la cavidad, y destrucción de los puntales que la sostienen con fuego o tirando con una maroma<sup>198</sup>. Si el enemigo excava una contramina para interceptar la propia, nada mejor que emplear un arma pesada: *Enviamos allí una ballesta de torno y acometió de tal modo a los dos sarracenos escudados —los que iban delante por la galería—, que los mató a los dos de un solo tiro, partiéndoles los escudos*<sup>199</sup>. Jaime también recuerda cómo se le ocurrió verter agua sobre un depósito

<sup>190</sup> *LF*, cap. 66.

<sup>191</sup> *LF*, cap. 60.

<sup>192</sup> al-Harawí, cap. XXI; *P2ª*, XXIII.22-25; *DpH*, lib. XII, cap. 18-28; *LE*, cap. LXXVII; García Fitz, «La didáctica», 278; Suñé Arce, «Técnicas», 113-30.

<sup>193</sup> *LF*, cap. 120-1; Kagay, «Jaime I», 92.

<sup>194</sup> *LF*, cap. 261.

<sup>195</sup> *LF*, cap. 170, 174 y 69; Ribas, «La conquista», 62-72; Hernández, *Història*, 97 y 99; Kagay, «Jaime I», 95.

<sup>196</sup> *LF*, cap. 73 y 262.

<sup>197</sup> *LF*, cap. 262.

<sup>198</sup> *LF*, cap. 69 y 72, también 163; Suñé Arce, «Técnicas», 119-20.

<sup>199</sup> *LF-e*, cap. 73.

de pertrechos para sofocar el fuego prendido por los mallorquines justo debajo, en una galería subterránea<sup>200</sup>.

El Conquistador alecciona sobre el asalto a un punto fuerte. Desaconseja esta maniobra de noche, porque la oscuridad impide que los combatientes se reconozcan entre sí<sup>201</sup>. Conviene concentrar el ataque en un punto para debilitar la defensa de otros, como sucedió en la torre de Moncada cuando los mejores defensores musulmanes protegieron las barreras y dejaron desprotegidas la torre y el albacar<sup>202</sup>. Una buena opción es el asalto por sorpresa, a primera hora del día, al son de las trompas y tras haber ocultado por la noche a un contingente bien armado en las empalizadas y las trincheras, tal como se hizo en Burriana<sup>203</sup>. Bajo el fuego enemigo en una maniobra de aproximación, hay que ir bien armado, protegerse con hombres escudados y, si hay heridos, sentarlos en medio y atenderlos *in situ*<sup>204</sup>. En el relato de la toma de Almazora se explica que los cristianos aprovecharon la viga de una algarrada y unas cuerdas para escalar los muros<sup>205</sup>. Más técnica aún, y más espectacular, es la manera en la que se atacó la posición musulmana ubicada en una cueva elevada de las montañas mallorquinas: con cuerdas atadas a cabalgaduras se hizo descender a un hombre que llevaba leña seca en un caldero; una vez colgado sobre la cueva, pegó fuego a las barracas de los moros, que prendieron fácilmente gracias al viento<sup>206</sup>.

Las enseñanzas del *Llibre* se extienden a las maniobras empleadas por los sitiados. Las salidas por sorpresa son muy efectivas. Si se quiere incendiar una máquina, conviene emboscarse en el foso y llevar haces de leña seca untados de sebo<sup>207</sup>. Los sarracenos de Burriana salían en grupos diversos para robar ganado a los cristianos, siempre protegiendo la puerta de salida con ballesteros por si tenía lugar un contrataque<sup>208</sup>. Hay que tener mucho cuidado estando cerca de la muralla a la vista del enemigo: Jaime reconoce que asumió un gran riesgo cuando permaneció con nueve de sus hombres vigilando la empalizada que rodeaba Burriana, pues fue identificado y unos 170 musulmanes, cubiertos desde la muralla por ballesteros y otros defensores, realizaron una violenta salida de la que escapó a duras penas<sup>209</sup>.

El empleo de ingenios es uno de los ámbitos de la práctica militar de Jaime I mejor descritos en sus memorias y más estudiados por la historiografía. De hecho, y como ya observara Burns, el Conquistador sentía una «especial fascinación» por las máquinas de sitio<sup>210</sup>. Los datos concretos sobre las de tiro son muy interesantes: pueden disparar las 24 horas, con una cadencia doble durante el día en el caso del fundíbulo (*fenèvol*) de tracción

<sup>200</sup> *Ibidem*.

<sup>201</sup> *LF*, cap. 83; Rodríguez, «Hombres», 504, n. 11; *LE*, cap. LXXVIII, 152.

<sup>202</sup> *LF*, cap. 200-1.

<sup>203</sup> *LF*, cap. 175-6.

<sup>204</sup> *LF*, cap. 161.

<sup>205</sup> *LF*, cap. 191.

<sup>206</sup> *LF*, cap. 102.

<sup>207</sup> *LF*, cap. 41 y 16.

<sup>208</sup> *LF*, cap. 156.

<sup>209</sup> *LF*, cap. 174. Se ha hablado aquí de una retirada táctica, Bruguera, «Les batalles», 15.

<sup>210</sup> Burns, «The Spiritual», 33; Goday i Casals, «Medis», 803-10 (comparando con el *Dotzè* de Eiximenis); Ribas de Pina, «La conquista», 54-62; Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 33-9; Kagay, «Jaime I», 93-4; Suñé Arce, «Técnicas», 116-22, esp. 116-8.

manual<sup>211</sup>. Es necesario planear la mejor ubicación de las máquinas, tarea de la que también se encarga el propio rey. Se atiende a la altura y la distancia respecto del objetivo, que tengan protección de los ballesteros, que queden al abrigo del tiro de los ingenios de los defensores y que los proyectiles causen el mayor daño posible en estructuras y personas<sup>212</sup>. Estas condiciones determinan el tipo de máquina a emplear<sup>213</sup>.

Se habla también de montaje y funcionamiento: en una sola noche puede ponerse en acción un fundíbulo<sup>214</sup>; debe tenerse untada de grasa la tabla sobre la que se quiere desplazar la máquina; en ocasiones, la cuerda puede enredarse en la viga del ingenio, como le sucedió a una brígola (máquina de contrapeso con dos cajones) empleada por los defensores de Lizana en 1267<sup>215</sup>. Si los sitiados recomponen las defensas de piedra con otros materiales (sacos terreros), el uso de flechas ardientes (con puntas en forma de rueda y rellenas de estopa) es un recurso efectivo<sup>216</sup>. El Conquistador instruye igualmente sobre el asunto fundamental de la munición. En su relato del sitio de Cullera (1235) explica las formas de obtener piedras en cauces de ríos y llevarlas al campamento o triturarlas con picapedreros hasta fabricar bolaños adecuados<sup>217</sup>. De la lectura del *Llibre* se deduce la eficacia de lo que modernamente llamamos fuego contrabatería: en Lizana el propio rey se hizo cargo de un fundíbulo, reventando con su tiro la caja de la brígola del enemigo<sup>218</sup>.

El *Llibre* habla poco de las máquinas que Faraudo llamó «demoledoras de choche o penetración»<sup>219</sup>. Solo se describe un ariete (*buçò*) construido por los burgueses de Montpellier, con punta de hierro y anillas para las cuerdas, destinado a la demolición de casas<sup>220</sup>. Entre los ingenios «de acceso o aproche» menciona un mantelete (*mantel*) con ruedas que construyó el noble occitano Chabert de Barbairan para acceder bajo protección a las obras del foso de Mallorca<sup>221</sup>. Destaca la atención prestada por el rey a la torre de asalto (*castell de fust*), eficaz máquina de aproximación y superación de la muralla. En un pasaje muy conocido, Jaime I ofrece un verdadero manual de instrucciones y empleo que corroboró el ingeniero italiano que le había propuesto la construcción<sup>222</sup>. Explica también la forma de moverla, siempre bajo la cobertura de hombres escudados: deslizándose sobre un centenar de rodillos de madera untados en sebo y gracias a un sistema de tracción con cuerdas, poleas, estacas y unos garfios anclados al suelo cerca del foso<sup>223</sup>.

En el momento de tomar posesión del alcázar de una ciudad, conviene disponer de un contingente abundante y bien pertrechado: en Murcia fueron 50 caballeros con

<sup>211</sup> *LF*, cap. 15, 28 y 269.

<sup>212</sup> *LF*, cap. 193-4, 262 y 429.

<sup>213</sup> *LF*, cap. 126.

<sup>214</sup> *LF*, cap. 202.

<sup>215</sup> *LF*, cap. 461; Suñé Arce, «Técnicas», 117.

<sup>216</sup> *LF*, cap. 203.

<sup>217</sup> *LF*, cap. 193-4.

<sup>218</sup> *LF*, cap. 462, 159 y 401.

<sup>219</sup> Faraudo de Saint-Germain, *Semblanza*, 35.

<sup>220</sup> *LF*, cap. 296.

<sup>221</sup> *LF*, cap. 69; Ribas de Pina, «La conquista», 62; Suñé Arce, «Técnicas», 120.

<sup>222</sup> *LF-e*, 157-8 y 401.

<sup>223</sup> *LF*, 159-61 y 163; Suñé Arce, «Técnicas», 121-2.

caballos armados y sus escuderos, más 120 ballesteros<sup>224</sup>. Las enseñas juegan un papel esencial en este tipo de acciones. Durante las negociaciones para la rendición de Balaguer, un caballero y cinco escuderos ocultaron la señera real enrollada en una lanza hasta que la izaron en la torre<sup>225</sup>. La visión del estandarte fue la señal de la victoria también en Valencia y, no sin cierto desasosiego por la tardanza en aparecer, en Murcia<sup>226</sup>.

### 13 CONCLUSIONES

Consciente de su condición de jefe militar, el rey Jaime I quiso dejar memoria de sus conquistas y de cómo las había conseguido<sup>227</sup>. La guerra, sin ser el tema central de su libro, tiene una gran presencia en sus recuerdos, muy superior, por ejemplo, a la que ocupan sus relaciones con el Papado o con otros reyes.

El *Llibre dels Fets* no es, naturalmente, un tratado militar. Desde el punto de vista formal, se parece poco a los textos didácticos coetáneos sobre el arte de la guerra: no pretende tener el planteamiento ordenado y metódico del compendio de al-Harawi, las *Partidas* o *De preconiis Hispanie*; tampoco se basa directamente en la tratadística clásica, ni menciona a Vegecio, como hacen fray Juan Gil de Zamora o Don Juan Manuel; no presenta el nivel de detalle de este último en la descripción de las cabalgadas o de la forma de luchar de los musulmanes, ni el de los tratadistas alfonsíes en materia de teoría de la guerra, cadenas de mando, virtudes y deberes de los caudillos, formas de combate, dispositivos tácticos, recompensas o medidas disciplinarias.

Lo que Jaime I cuenta de la guerra es lo que él mismo aprendió, primero, oyendo a otros: quizá, aunque era muy pequeño, a Simón de Montfort y sus cruzados; con seguridad, a los templarios que le criaron en Monzón y a los parientes y nobles que le ayudaron (más de lo que reconoce) a lograr sus victorias. Es también, y sobre todo, lo que aprendió durante sus muchos años de campañas militares.

Lo más importante de las directrices militares formuladas por Jaime I es que se corresponden con las que encontramos en la didáctica bélica de su tiempo. El *Llibre dels Fets*, de hecho, coincide cronológicamente con la aparición de los primeros textos hispanos compuestos con el objetivo de ofrecer a príncipes, jefes militares y caballeros «un compendio teórico de tácticas cuyo conocimiento debía proporcionarles una formación adecuada en su actividad militar<sup>228</sup>. La ventaja añadida del «manual militar» de Jaime I es que sus prescripciones no eran teóricas, sino nacidas de lo que más valoraban los combatientes de la época: la experiencia práctica<sup>229</sup>. La pregunta que deberíamos hacernos es si hubo otro rey de aquellos siglos (y no solamente hispano) que dejara escritas

<sup>224</sup> *LF*, cap. 443.

<sup>225</sup> *LF*, cap. 44.

<sup>226</sup> *LF*, cap. 282 y 443.

<sup>227</sup> Farauo de Saint-Germain, *Semblanza*, 47; *LF-S*, n. 852; Kagay, «Army», 96.

<sup>228</sup> García Fitz, «La didáctica», 283.

<sup>229</sup> García Fitz, «La didáctica», 283; Kagay, «Jaime I», 70, 90 y 106.

tantas enseñanzas sobre la guerra, contadas en primera persona y a partir de su propia experiencia bélica.

#### 14 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

##### FUENTES PRIMARIAS

- Crónica real de la Corona de Aragón*, ed. Carmen Orcástegui, *Crónica de San Juan de la Peña (versión aragonesa)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1986.
- DpH*: Juan Gil de Zamora. *De preconiis Hispanie*, ed. Manuel de Castro. Madrid: Facultad de Filosofía y Letras, 1955.
- Frontino, Sexto Julio. *Stratagema*, ed. M. Elvira Roca, *Tratado militar de Frontino. Humanismo y caballería en el cuatrocientos castellano. Traducción del siglo xv*. Madrid: CSIC, 2010.
- al-Harawi, Alí ibn Abi Bakr. *El libro de las estratagemas*, trad. Olga Torres. Granada: Trotta, 2021.
- Joinville, Jean de. *Vida de San Luis*, trad. Martín Alvira. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2021.
- LDS*: *Libro de los doce sabios*, ed. Héctor H. Gassó y Diego Romero, «*Libro de los doce sabios*, Ms. 92 (=77) de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander». *Memorabilia* [en línea] 6 (2002), <http://parnaseo.uv.es/Memorabilia/Memorabilia6/listillos/menu.htm> (consulta: 10.12.2021).
- LE*: Don Juan Manuel. *Libro de los Estados*, ed. Robert B. Tate y Ian R. Macpherson. Oxford: Clarendon Press, 1974, lib. I.
- LF*: *Llibre dels Fets del rei En Jaume*, ed. Jordi Bruguera. Barcelona: Barcino, 1991.
- LF-e*: Jaime I. *Libro de los Hechos*, trad. Julia Butiñá. Madrid: Gredos, 2003.
- LF-i*: *The Book of Deeds of James I of Aragon: A Translation of the Medieval Catalan «Llibre dels Fets»*, trad. ing. Damian J. Smith y Helena Buffery. Aldershot: Ashgate, 2003.
- LF-S*: *Les quatre grans Cròniques. I. Llibre dels feits del rei En Jaume*, ed. Ferran Soldevila, revisió filològica de Jordi Bruguera, revisió històrica de M. Teresa Ferrer. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2007 [1971].
- P2ª*: *Partida Segunda de Alfonso X el Sabio. Manuscrito 12794 de la Biblioteca Nacional*, ed. Aurora Juárez y Antonio Rubio. Granada: Impredisur, 1991; y ed. Gregorio López, *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alonso el IX*. I. Salamanca: A. de Portonaris, 1555.

##### BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Díaz, Juan José. «Los refranes de la guerra». *Paremia* 10 (2001): 31-40.
- Alvira Cabrer, Martín. *El Jueves de Muret. 12 de Septiembre de 1213*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2002.
- Bennett, Matthew. «La Règle du Temple en tanto que manual militar o cómo ejecutar una carga de caballería». En *El Código Templario. Texto íntegro de la Regla de la Orden del Temple*: 225-38. Barcelona: Martínez Roca, 2000 [1989].
- Bruguera, Jordi. «Vocabulari militar de la Crònica de Jaume I». En *Homenatge a Josep Maria de Casacuberta*: I, 39-64. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1980.
- Bruguera, Jordi. «Les batalles de Jaume I». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* 77 (2001): 13-36.

- Burns, Robert I. «How to End a Crusade: Techniques for Making Peace in the Thirteenth-Century Kingdom of Valencia». *Military Affairs* 35-4 (1971): 142-8.
- Burns, Robert I. «The Spiritual Life of James the Conqueror (1208-1276)». *The Catholic Historical Review* 62-1 (1976): 1-35.
- Burns, Robert I. «The Crusade against Murcia: Provisioning the Armies of James the Conqueror, 1264-1267». En *Jews, Muslims and Christians in and around the Crown of Aragon. Essays in Honour of Professor Elena Lourie*, Hames, Harvey J. (ed.), 35-73. Leiden: Brill, 2003.
- Burns, Robert I. y Chevedden, Paul E. *Negotiating Cultures: Bilingual Surrender Treaties in Muslim-Crusader Spain under James the Conqueror*. Leiden: Brill, 1999.
- Cingolani, Stefano Maria. *Jaume I. Història i mite d'un rei*. Barcelona: Edicions 62, 2007.
- Faraudo de Saint-Germain, Lluís. *Semblanza militar de Jaime I el Conquistador*. Barcelona: Real Academia de Buenas Letras de Barcelona-Altés, 1941.
- García Fitz, Francisco. «La didáctica militar en la literatura castellana (segunda mitad del siglo XIII y primera del XIV)». *Anuario de Estudios Medievales*, 19 (1989): 271-84.
- García Fitz, Francisco. «Volien haver la batayla ab els. La batalla del Puig (1237)». En *Fechos de armas. 15 hitos bélicos del Medievo ibérico (siglos XI-XVI)*, Alvira, Martín y Martins, Miguel G. (eds.), 87-99. Madrid: La Ergástula, 2021.
- Goday i Casals, Josep. «Medis d'atach y de defensa en la Crònica del Rey D. Jaume». En *Jaume I i la seva època. Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*, vol. II, 799-810. Barcelona: Altés, 1909-1913.
- Hernández, Francesc Xavier. *Història militar de Catalunya. Aproximació didàctica. Vol. II: Temps de conquesta*. Barcelona: Rafael Dalmau, 2002.
- Hernández, Francesc Xavier, Riart, Francesc y Rubio, Xavier. *Els exèrcits de Jaume I*. Barcelona: Duxelm, 2009.
- Homet, Raquel. «Caracteres de lo político en el *Llibre dels Fets* de Jaime el Conquistador», *Res Gesta* 32 (1993): 171-94.
- Jaspert, Nikolas. «Review: *The Book of Deeds of James I of Aragon: A Translation of the Medieval Catalan "Llibre dels Fets"*, trans. and with notes by Damian Smith and Helena Buffery». *Crusades* 5 (2006): 205-7.
- Kagay, Donald J. «Army Mobilization, Royal Administration, and the Realm in the Thirteenth-Century Crown of Aragon». En *Iberia and the Mediterranean World of the Middle Ages. Essays in Honour of Robert I. Burns, S.J.*, Chevedden, Paul E., Kagay, Donald J. y Padilla, Paul G. (ed.), vol. II, 95-115. Leiden: Brill, 1996.
- Kagay, Donald J. «Jaime I of Aragon: Child and Master of the Spanish Reconquest». *The Journal of Medieval Military History* 8 (2010): 69-108.
- Lafuente, Mario. «Crown of Aragon». En *War in the Iberian Peninsula, 700-1600*, García Fitz, Francisco y Monteiro, Joao G. (eds.), 124-74. Londres: Routledge, 2018.
- Martines Peres, Vicent. «Els models ideais de la cavalleria i els motlles de la realitat. Jaume I i el *Llibre dels fets*». En *El "Llibre dels fets". Aproximació crítica*, Hauf, Albert G. (coord.), 239-54, Valencia: Acadèmia Valenciana de la Llengua, 2013.
- Monteiro, João Gouveia. «Vegécio e a prática militar medieval: influência real e condicionalismos». *Biblos. Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra* 7 (2009): 71-119.
- Pujol, Josep Maria. «The *Llibre del rei En Jaume*: a matter of style». En *Historical Literature in Medieval Iberia. Papers of the Medieval Research Seminar*, Deyermond, Alan (ed.), 35-65. Londres: Department of Hispanic Studies, QMWC, 1996.
- Pujol, Josep Maria. «¿Cultura eclesiàstica o competència retòrica? El llatí, la Bíblia i el rei En Jaume». *Estudis Romànics* 23 (2001): 147-72.

- Pujol, Josep Maria. «El rei En Jaume i Maria F.: la construcció artística del relat oral interactiu». En *El rei En Jaume en l'imaginari popular i en la literatura*, Oriol, Carme y Samper, Emili (eds.), 11-31. Tarragona: URV-UIB, 2010.
- Rance, Philip. «Late Byzantine Elites and Military Literature: Authors, Readers and Manuscripts (11<sup>th</sup>-15<sup>th</sup> Centuries)». En *A military history of the Mediterranean Sea. Aspects of war, diplomacy and military elites*, Theotokis, Georgios y Yildiz, Aysel (eds.), 255-86. Leiden: Brill, 2018.
- Renedo, Xavier. «Llums velles i llums noves sobre la batalla de Portopí». En *Jaume I: commemoració del VIII centenari del naixement de Jaume I. Volum 2: L'economia rural. L'articulació urbana. Les institucions eclesiàstiques. L'expansió territorial. El comerç*, Ferrer, M. Teresa (ed.), 495-520. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2013.
- Renedo, Xavier. «Josep Maria Pujol, el rei En Jaume i el *Llibre dels Fets*». *Mot so razo* 12 (2013): 19-32.
- Ribas de Pina, Miquel. *La conquesta de Mallorca pel rei En Jaume I. Estudi tècnic-militar*. Palma de Mallorca: Alcover, 1934.
- Rodríguez García, José Manuel. «Hombres de religión y servicios de información, siglos XIII-XIV». En *Hombres de religión y guerra. Cruzada y guerra santa en la Edad Media peninsular (siglos X-XV)*, Ayala, Carlos de y Palacios, J. Santiago (eds.), 495-511. Madrid: Sílex, 2018.
- Silveira, Aline Dias da y Andrade, Rodrigo Prates de. «*Quel dan uenga sobre altre que sobre nos: tolerância e pragmatismo no Llibre dels Feys de Jaime I de Aragão (1213-1276)*». *Mirabilia* [en línea] 21 (2015). <https://www.revistamirabilia.com/sites/default/files/pdfs/21-02.pdf>
- Smith, Damian J. «Guerra santa y Tierra Santa en el pensamiento y la acción del rey Jaime I de Aragón». En *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, religion et idéologie dans l'espace méditerranéen latin (X<sup>e</sup>-XIII<sup>e</sup> siècle)*, Baloup, Daniel y Josserand, Philippe (eds.), 305-21. Toulouse, CNRS-Université de Toulouse II-Le Mirail, 2006.
- Smith, Damian J. «Dinner and Diplomacy in the Deeds of the Conqueror». *eHumanista IVITRA* 7 (2015): 86-92.
- Suñé Arce, Josep. «Técnicas de ataque y defensa en los asedios del siglo XIII: ámbito catalano-aragonés y occitano». *Gladius* 33 (2013): 113-30.
- Villa Prieto, Josué. «La tratadística bajomedieval dedicada a la instrucción militar en la Península Ibérica. Propuesta tipológica». En *Les cultures politiques dans la péninsule Ibérique et au Maghreb, VIII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles*, Baloup, Daniel (ed.), vol. I, 95-106. Burdeos: Ausonius, 2018.